

## DE EIBAR Á SATURRARÁN,

con un recuerdo del rey D. Francisco de Asís.

El Sr. D. José Salamero, dignísimo sacerdote, honra del clero por su ilustración y virtudes, á quien Dios ha dotado de gran talento y de no pocas riquezas, para defensa de la religion católica el primero, como lo prueba su ilustrada revista *La Lectura Católica*, y de inmenso alivio para los pobres el segundo, me obligó con su cariño y paternal proteccion á que hiciera un viaje á Saturrarán, preciosa playa del pais basco y límite de las dos provincias Vizcaya y Guipúzcoa.

¿Quién resiste á la amabilidad sin afectacion de tan respetable y querido amigo? Por otra parte, una excursion en el pais bascongado en época veraniega es dedicar un día entero á la alegría y á la expansion que traen de consuno la variedad de pequeños pueblos, las verdes y risteñas montañas pobladas de blancos caseríos, el rio que con suave murmullo, serpenteando en diversas direcciones sirve de guía en sus infinitas revueltas, los innúmerables coches que pasan por todos sitios, llenos de viajeros de diversas procedencias, y en fin esos pequeños accidentes de la vida que, insignificantes para la historia, son, sin embargo, de un valor inapreciable para el viajero.

Era, pues, preciso obedecer á dos sentimientos que se aunaban perfectamente en mi corazon: la amistad y mi deseo de recorrer una vez más el magnífico panorama que se extiende desde Eibar hasta Saturrarán.

Con un cielo límpido, azul y en que no se dibujaba la más ligera nube, nos pusimos á la madrugada de un hermoso día de la última semana en una cómoda *cesta* tirada por dos briosos corceles, y emprendimos la marcha.

En nuestro país no hay término medio; ó se va siempre paralelo á

un rio ó se sube una pendiente, para lo que se necesita, cuando menos, una pareja de bueyes.

En esta excursion el camino es llano: el rio Deva con plácida y suave corriente, conduce al mar al viajero sin temor alguno de extraviarse.

A una legua del punto de partida encontramos á Elgoibar, pueblo pequeño pero de aspecto delicioso por su situacion, y pueblo del que ciertamente se habrán formado cuantos viajeros entran en él una idea de grandeza que despues desaparece ante la realidad. Con efecto, pasado el puente, ancho y sólido sobre el Deva, se encuentra la plaza, formada á la derecha por la casa consistorial, hermoso edificio que con el juego de pelota cubre todo el lado derecho; de frente la iglesia, de una sólida y airusa construcción y á la izquierda unos arcos de no mal aspecto que sirven de paseo en los días lluviosos. Pero no busqueis ya más: únicamente encontrareis la confortable vivienda de un caballero elgoibarrés, cuya vivienda ofrece todas las comodidades de los grandes pueblos, y cuyo dueño, D. Luis Iriondo, reúne la galantería y la generosidad proverbiales en el suelo guipuzcoano.

Era muy temprano cuando pasamos por Elgoibar, y, por tanto, sin detenernos seguimos hasta Alzola. Quizás entre todos los establecimientos de baños de las provincias bascongadas, que son muchos y todos muy afamados por su benéfica influencia y diversidad de aguas, no habrá habido otro que haya gozado de fama tan universal como Alzola. Allá iban á parar hace veinte años desde el rey D. Francisco de Asís hasta el último artesano; y antes de ser *establecimiento* y gozar en toda España de la fama que alcanzó, cuando solo era un pozo casi inmundado, iban á aquel sitio de todos los pueblos y caseríos de Guipúzcoa y Vizcaya á beber sus tibias aguas á la temperatura de 21 grados, remedio eficaz á determinadas dolencias.

Pero es preciso confesarlo: la moda, señora despótica é intratable sienta sus dominios espantosos lo mismo en el elegante sombrero aristocrática dama que en las graves dolencias de la humana flaqueza Alzola no está hoy de moda, ó cuando menos, no está hoy á la altura de hace veinte años. Y por más que se envanezcan hoy Betelu, Urberuaga y otros puntos, quizás quizás dentro de algun tiempo la despótica señora del mundo, de quien acabamos de hablar, niegue su proteccion á tan renombrados establecimientos para traspasarla á quienes hoy viven en la casi oscuridad. Ved, si no, á Santa Agueda: hace

cuatro años llenaba su nombre el mundo: este año apenas el mundo oye su nombre.

Todavía existe en Alzola un recuerdo de una de las excursiones del rey D. Francisco: era este señor sumamente aficionado á dar paseos largos y respirar la fresca brisa de la tarde en nuestras verdes montañas. Un día caluroso púsose en marcha, acompañado, como siempre, de un corto número de personas de su confianza, y pecho arriba subió una empinada montaña hasta llegar á uno de aquellos felices caseríos en donde todavía reinan las patriarcales costumbres de nuestros mayores. La excursión había sido penosa, y el rey subía completamente empapado en sudor. Entraron en el caserío: el *ebeko-jauna* (amo de la casa) salió, como salen siempre en nuestros caseríos, con la sonrisa en los labios á recibir á los viajeros y su mirada se fijó en D. Francisco, á quien no conocía, y así que le vió, le dijo en basconce: Muy sudado viene V., caballero. Usted necesita camisa, si no el sudor le hará daño; y diciendo y haciendo, sacó una camisa que no hay que decir que, aunque blanca y limpia, no era de Holanda ni mucho ménos, y se la ofreció al rey: Los que le rodeaban procuraron alejar al campesino, haciéndole ver indirectamente que no era propia aquella camisa de la persona á quien se la ofrecía, pero D. Francisco, con amabilidad exquisita, cogió la camisa de manos del labrador, se retiró á un cuarto del caserío y al cabo de poco tiempo volvió á reunirse con sus compañeros de viaje, ostentando su nueva camisa. Al día siguiente, muy de mañana, no faltó quien dijera al casero cuál era la categoría del señor á quien había servido tan generosamente, y el pobre casero, creyendo que un personaje de tanta importancia no podía ménos de estar incomodado de su atrevimiento, fué inmediatamente á presentarse al rey y pedirle perdón; y no fué pequeño el gozo del sencillo labrador cuando en vez de una cara severa y mirar ceñudo, se encontró con pingües regalos que llevó á casa todo conmovido.

Llegamos á Deva, y prescindiendo de otras muchas cosas y detalles que no son de este lugar, nos llamó la atención la tumba del Sa general Lersundi.

El camino de Deva á Motrico es de lo más pintoresco y agradable que puede idear un artista. A la izquierda, una serie interminable de verdes montañas que se levantan hasta el cielo, y á la derecha, como dijo el poeta:

«El mar que allá á lo lejos se dilata  
imágen de la oscura eternidad  
y el horizonte azul, bañado en plata,  
rico dosel que desvanece el mar.»

Pasamos por Motrico, patria del célebre Churruca, y un cuarto de hora despues estábamos en la hermosa playa de Saturrarán, en donde tuvimos el gusto de saludar á nuestro querido amigo D José Salamero.

Y como era la hora de comer, entramos en casa del Sr. Errasti, y quien haya tenido el gusto de parar en aquella acreditada fonda puede desde luego suponerse que nos desquitaríamos bien sustanciosamente de las fatigas del viaje; y á la noche, en medio de la calma profunda de las montañas, con el eterno ruido de las olas, fuimos á la playa á contemplar una preciosa vista. A la derecha, allá á lo lejos, los dos faros de Guetaria y San Sebastian, y á la izquierda, los otros dos de Lequeitio y Machichaco, enseñas luminosas que, tendiendo sus brillantes rayos por aquella inmensa sábana movediza, parecen indicar á los tristes viajeros del Océano que amigos cariñosos vigilan y ofrecen en medio de las terribles temp stades del mar un puerto seguro de salvación.

MARCIAL MARTINEZ AGUIRRE

Eibar, agosto 84.

